

NOVEDADES DE CARMEN NARANJO

N OS preguntan qué ha escrito, últimamente, Carmen Naranjo. Respondemos: ella siempre escribe, estudia, participa, y escribe y escribe: novela, cuento, ensayos, artículos. Recientemente se han publicado varios de sus libros. Una novela bajo el sello de la Editorial Costa Rica: **El caso 17.357** sobre la burocracia estatal, sobre la deshumanización del hombre, sobre la pérdida de la sensibilidad, en una sociedad de casi hormigas. Un nuevo libro de cuentos: **Otro rumbo para la rumba**, interesante experiencia que mezcla horror y humor, delicadeza y análisis de los asuntos más profundos del hombre, diversión y muestra de los movimientos más complejos de los seres. Un libro de ensayos: **Mujer y Cultura**, con artículos y ensayos muy importantes para los que queremos conocer el punto de vista de una mujer comprometida con su tiempo, sobre la visión de la mujer en este tiempo de igualdades que se discuten, lazos que atan, y visiones que desatan los tradicionales lazos de desigualdad infinita. Dicen que escribe una novela sobre la historia, o más bien que hace historia sobre una novela. Para deleite de sus lectores, y estudiosos, brindamos dos cuentos de su último libro, recomendando su lectura, su análisis, su encuentro.

A. Ch.



Carmen Naranjo Otro rumbo para la rumba

ESA NOCHE QUE CAMINA CONMIGO

Nunca te lo he preguntado, nunca. Ni cuando tosés, ni cuando sonreís. Nunca. Me alarman tus ojos alargados cuando te encuentro en los pasillos o tu voz que tiembla cuando atiendes el teléfono y me dice con cierto temor: ¿es usted, es realmente usted? Aquella primera vez que fui a tu casa, después de cenar y saborear el último trago de vino, mientras veía la enredadera trepar y trepar por la ventana, creí que lo más natural era empezar a desvestirme, pues en tus gestos tímidos, en algunas de tus palabras trabadas y de tus recorridos silenciosos e insistentes se adivinaba un deseo espeso, que era imposible detener.

Me dijiste que no, no era eso lo que querías. Con bastante desconcierto seguí hablando de los misterios de la noche, esa noche mágica abre puertas, abre ojos, abre sexo, abre soledad, abre comunicación, abre búsqueda. Adentro me pregunté qué diablos querías. Nunca tomé iniciativa alguna, ni hubo de mi parte la más absoluta insinuación, simplemente respondí a tus cortesías, a tus regalos, a tus extrañas cartas de amor con la educada atención de quien se da cuenta de que está siendo distinguido.

Después me pediste que me desnudara poco a poco. Contesté ya no tengo tiempo ni ganas, otro día, otra noche mágica abre sueños, abre misterios, abre paredes, abre pensamientos, abre caminos, abre posibilidades, abre lágrimas, abre protestas, abre claves. Y me fui con la frescura de cerrar cualquier curiosidad.

Hubo otra noche y muchas noches más. Las que me dieron la gana me desnudé y se hicieron cortos y largos trabajos de amor sobre tu cuerpo y sobre mi cuerpo.

No pudiste retenerme, mi rumbo era otro y por eso llegó la noche mágica cierra puertas, cierra sexo, cierra besos, cierra deseos, cierra música, cierra silencio, cierra manos, cierra cárcimas, cierra piernas, cierra movimientos.

Y no comprendiste y desde entonces tus astisbos, tus encuentros en todas partes, tus llamadas telefónicas con eso de qué es de tu vida, tus cartas, tus invitaciones, tu letanía de reclamos, frente a mis evasivas, mi tengo mucho que hacer, por qué no me dejás en paz,

adiós y buena suerte, y no quiero compromisos y estoy hasta el copete de ser responsable, por favor olvidese de alguien distinto.

Por las calles sus ojos pegajosos, por las fiestas sus manos busca remordimientos, por los timbres sus llamadas de atención, por los vestíbulos su voz de insinuaciones y reproche, por los caminos la sospecha de dónde va y qué está haciendo. Un acoso, una batalla con múltiples frentes y mi escasa libertad subsidiada por el descanso de su no encuentro, de su no presencia, de su disiparse un momento para volver, como si no hubiera pasado un segundo, con su eterna pregunta de qué ha hecho.

Y nunca te lo he preguntado. Nunca.

Hoy metida en la noche mágica, que entreabre y entrecierra flores y enredaderas, labios y laberintos, voces y bullas, bares y sesiones de comedia humana, libros y sentencias absolutas, oraciones y mentadas de madre, suspiros y escupites, manoseos y discursos, penumbra de claridades y hambre de misterios que regatean solvencia a las ceremonias, me pregunto y te pregunto.

No hay razón alguna. Nunca hubo razón alguna. Tu labio tropezó con el mío, el tuyo esperaba antes de esperar. El mío ya era camino abierto. Te miré como se mira a los tontos con cierta obligación temporal de complacerlos. Vos me miraste antes de que te mirara, con inclinación marcada hacia lo distinto. ¿Cuál culpa propia hay en la culpa? Y la culpa es una enfermedad que se contagia.

Me quisiste contagiar, lo sé. No sabían que cargo a mi espalda la noche mágica, la que a veces abre, la que a veces cierra.

En todo caso, no te lo he preguntado nunca, ni pienso preguntarte nada.

ABRIR LA SALIDA

Cuando perdió la habilidad de pintar los pájaros al vuelo, se sintió muy mal y rompió los bocetos de las aves que ahora sólo podía reflejar tíasas, inertes, sin vida. Dejó pasar algunos días y probó de nuevo con idénticos resultados: pájaros sin luz, sin movimiento, fracasados absolutamente en su intento de vuelo.

Hubo un día, no muy atrás, en que esperó

el milagro de verlos salir de sus papeles y elevarse hacia el infinito. Tanto vuelo para su esperanza.

Pero ahora le costaba abandonar la cama, que se le hizo símbolo de rincón tibio, casi de cueva, donde tenía la libertad de recordar detalles, ejercitar la memoria hacia atrás, repasar viajes, rememorar conversaciones, mirar con ojos de animal testimonio el fin de su período de gracia.

Sólo salía para lo indispensable y en cada salida confirmó que no habitaba este mundo sino otro, no hablaba el idioma de los que se movían seguros de que iban hacia alguna parte porque venían de otra parte, se sentían con misiones por cumplir y ella no, sólo estaba al borde de todo o nada. El todo quedó atrás y la nada estaba muy próxima. La calle la fue asustando más y más, ese trajín absurdo, ese oficio ridículo, esa rutina falta de lógica, esa cacería de estupideces.

Le dio por las pequeñas ceremonias: limpiarse las uñas, bañarse en aguas perfumadas con azahares, bendecir la mañana, hablar con Dios al entrar la noche, oír el péndulo del reloj, conversar lentamente con ella misma.

Se inventó una estrategia para rehuir los espejos, caminaba con los ojos clavados en el suelo, con pasos cuidadosos para no tropezar con los muebles. Después los tapó con sábanas y papeles. Quería recordarse todavía dueña de la gracia.

Se fue escribiendo una larga carta sobre sus intimidades, las más hondas, las que sólo a ella interesaban. Empezó con querida habitante de mi cuerpo, siento que para nosotras el tiempo está llegando a su fin, a pesar de que estamos sanas y tranquilas, a salvo de las estupideces que desgastan a la gente en este mundo que nos resulta raro y extraño, que nos sacó por la puerta grande cuando perdimos... pero ya eso no tiene importancia porque aprendimos otras cosas como contar los segundos y alcanzar un minuto, esos minutos de exceso que alguien nos regala sin pedirnos nada a cambio, a comprender que no somos misioneras, no nacimos para eso, carecimos de oficio, cabemos dentro de la medida de lo que nadie quiere. Nada nos retiene, estamos en el borde, a punto de caer. No nos asustamos porque en algún lugar y otro tiempo habrá otra habitante con una gracia nueva, con un oficio, con una misión. Hablaré con ella de usted, le diré que fuimos felices, muy felices a lo largo de mucho

tiempo, luego le enseñaré las heridas para que ella no las adquiera nunca. La primera nos la hicimos cuando perdimos el bolso con los ahorros y las joyas, cosa que nos dejó sin la más mínima reserva. ¿Quién y por qué? Hubo una persona que decía querernos y sin padecer de ese hábito de desconfiar de todo, algo de reserva nos daba su mucha devoción, palabrería y eterna promesa de siempre. Por cierta hendija de sus ojos se asomaba un aliento de rata y no nos equivocamos. La segunda se dio frente a la fotografía y nos vimos con cara de brujas amargas. ¡Qué cambios profundos! Ahí estaban delatados y nos dolieron copiosamente, lloramos juntas al borde de la histeria. Recordamos los momentos en que ante el espejo notábamos una nueva arruga y llegábamos al convencimiento de que cuanto ser encontráramos en la calle la vería con horror y la tocaría con dedos sucios, hasta que al final del día ya no hubo más que una honda y desagradable cicatriz. Luego cuando ya definitivamente se nos vino encima la vida, nos dejó un tiempo vacío, sólo útil para medirlo, sin un aroma que nos hiciera buscar nidos en la noche, menos una luz que nos alborozara en las albas, sin ganas de algo tropezábamos en el mediodía y la tarde nos crujía por dentro como viejas puertas de casas desiertas. La gracia nos abandonó completamente. Cabronas nos dejó y cabronas no queremos ser.

A las ocho de la noche se dio cuenta de que estaba escribiendo a oscuras y eso no le preocupó porque sentía que, además de su habitante, estaba poblada de oscuridades.

Encendió un cirio perfumado que le trajo un leve cansancio de rosa desfallecida. Entonces comprendió que todo se puede perder menos la esperanza de encontrar una salida, pero la salida verdadera la debe dar otro, a ella le correspondía esperarla, quizás ayudarla un poco.

Abrió portones, quitó los candados de la entrada, encendió una luz de vigilia y dejó la puerta entrecerrada. Aquella noche no vino nadie. Repitió el rito una y otra noche, cada vez la puerta más abierta hasta dejarla de par en par.

Cuando la madrugada se anunció con un frío de encogimiento, oyó los pasos, eran dos personas. Entonces sonrió con la seguridad del logro: había ganado, la salida estaba abierta, su espera iba a terminar. Desde un rincón de su cuarto se levantó la gracia y con un amoroso gesto se acostó junto a ella.